



Dirección de Prensa

**Discurso de S.E. la Presidenta de la República,
Michelle Bachelet Jeria, al presidir la ceremonia de entrega del
Premio a la Narrativa “Manuel Rojas”**

Santiago, 02 de noviembre de 2017

Amigas y amigos:

Quiero agradecer a todos ustedes aquí su presencia, y quiero decir, en primer lugar, que para mí es un gran orgullo encabezar esta cuarta entrega del Premio Iberoamericano de Narrativa “Manuel Rojas”. Y éste es un reconocimiento relativamente reciente, y en virtud de ello es que me ha correspondido entregar cuatro de seis premios, todo un record que, sobre todo, me pone muy feliz.

Porque de entre las obligaciones y tareas que uno tiene como Presidenta, ésta es sin duda una de las más enriquecedoras, y cumple al mismo tiempo una función a la que a veces no prestamos demasiada atención: el Estado de Chile dialoga con el continente, con el espacio cultural iberoamericano, y reconoce, con premios que perpetúan el nombre de dos de sus grandes escritores –Pablo Neruda y Manuel Rojas– a narradores y poetas de ambos lados del Atlántico.

Que el Presidente o Presidenta de Chile, aquí, en el Palacio de La Moneda, haga entrega de este galardón, lo que hace es destacar la importancia que damos a ese diálogo con América Latina, con España, con Portugal. Y personalmente he sido muy afortunada porque he podido conocer y conversar, gracias a este Premio, con autores como Horacio Castellanos Moya, Margo Glantz, César Aira y, ahora, Hebe Uhart.

Y me alegra, también, que desde 2012 en adelante este premio haya alcanzado a Brasil, con Rubem Fonseca, a El Salvador, a México y a



Dirección de Prensa

Argentina. Los jurados han sabido valorar la trayectoria, la huella, la solidez de cada uno de los premiados, teniendo en mente, al mismo tiempo, la diversidad de este continente nuestro, que desde el Río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes, e incluyendo también a las antiguas metrópolis, se expresa en diversas lenguas, con distintos énfasis, con tonalidades que van desde el desgarrar hasta el susurro.

Y creo que, precisamente, uno de los grandes méritos de estos premios literarios es permanecer atentos a esa diversidad, a la enorme riqueza de la narrativa de este tiempo en nuestras tierras. Ejemplo de ello son los tres autores argentinos que han obtenido el Manuel Rojas desde 2012, y que tienen en común hacer una literatura personalísima e inconfundible y compartir una nacionalidad, pero son muy distintos entre sí. Hebe Uhart no se parece a César Aira, Aira no se parece al ya fallecido Ricardo Piglia, y Piglia no se parece a Uhart.

Con Hebe Uhart llega a estos salones cierto aparente tono cotidiano, una sabiduría de andar por casa, como dicen al otro lado de la cordillera, y un arte que pareciera no tener secretos, pero que precisamente por su aparente simplicidad, los tiene por montones.

Sabemos que alguna vez se dijo de ella que era “la mayor cuentista argentina contemporánea”, y que el propio Ricardo Piglia la situó en la estirpe de Borges, aunque ella diga que “eso no se lo cree nadie”.

Pero lo cierto es que las miniaturas perfectas de sus cuentos, sus crónicas de viajes o, más recientemente, sus textos sobre animales, expresan una sensibilidad que intenta “volver más reales a las personas, para comprenderlas en su mismidad, no ligadas a esa rutina que las mata”, como dice en su relato “Desfulanizar”.

En su narrativa, siempre con delicado sentido del humor y evitando cualquier efectismo, Hebe Uhart captura y retrata el absurdo y la belleza de la vida diaria, la grandeza muchas veces implícita en situaciones y personajes modestos, generalmente anónimos.



Dirección de Prensa

Ese mundo de luces tenues, de conversaciones a media voz, de reflexiones que parecen ingenuas sin serlo, nos traslada a una atmósfera de descubrimiento y asombro, y nos hace preguntarnos si estamos viendo el mundo “en su mismidad”, desfulanizado, o enredado en un contexto que, la mayoría de las veces, no hace sino ocultarnos la esencia de las cosas.

Y, viajera crónica –como ha sido– sus recorridos por esta América ayudan a sus lectores a descubrir esas pequeñas magias que el idioma opera al traspasar las fronteras, de una región a otra, de un pueblo a otro. Tenemos una lengua común, enriquecida por los idiomas indígenas, pero también las usamos de maneras muy distintas, y el oído aguzado de Hebe Uhart detecta y destaca esa música.

En un mundo en que volvemos a enfrentar antiguas amenazas y temores que creíamos superados, cuando vuelve a hablarse de guerras y enfrentamientos globales, donde cuesta distinguir la verdad de las mentiras, la información de la propaganda, lo que Hebe Uhart hace con las palabras y con el arte de narrar nos ayuda a leer más limpiamente, como si de pronto cayeran los velos que nos nublan la mirada.

Y una palabra final para su trabajo como formadora, profesora universitaria, cabeza de un taller literario por treinta años: escribir es también enseñar a escribir, y pensar es enseñar a pensar, y en ese diálogo nos enriquecemos todos. Un taller literario no es una academia en que se transmiten conocimientos y técnicas, secretos y detalles de construcción: es una conversación que de una manera u otra reproduce el diálogo del autor con sus lectores, y del escritor con los escritores y escritoras que él leyó y le enseñaron a mirar, a escuchar, a decir.

Me alegra constatar que Hebe Uhart ha sido maestra de muchos también a este lado de la cordillera, y espero que este premio le traiga



Dirección de Prensa

nuevos lectores y lectoras en Chile, porque se los merece, y los lectores merecen conocerla más y mejor.

Muchas gracias.

Santiago, 02 de noviembre de 2017
Lfs/mls